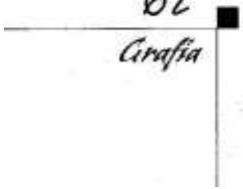


■ Mauricio Rojas Bernal y Andrea Augusta Neira ■

## **De crónicas y cronistas**

**La creación retórica del Nuevo Mundo:  
una reflexión historiográfica  
en torno a la escritura  
de Indias del siglo XVI**



Mauricio Rojas Bernal y Andrea Augusta Neira

## De crónicas y cronistas

La creación retórica del Nuevo Mundo: una reflexión  
historiográfica en torno a la escritura de Indias del siglo XVI

*"Stat rosa pristina nomine, nomina nuda tenemus."*

*"Por su nombre subsiste la antigua Rosa, sólo nos quedan los nombres desnudos."*

**Bernardo de Morlay, monje cluniacense. Hacia 1140.**

*(Citado por Johan Huizinga en El otoño de la Edad Media, Capítulo I I).*



La Historia no es un conocimiento estático del pasado ni tampoco es un saber muerto encerrado en la quietud de las bibliotecas, la Historia es la vida misma, el mundo del presente y del mañana y el nebuloso mundo del ayer que se diluye en la lejanía de su inexistencia. No existe ninguna entidad de la cultura humana, material o espiritual, que no sea susceptible de ser estudiada y comprendida históricamente.

Hacer historia, escribir historia, significa mucho más que escudriñar documentos para traspapelar áridos datos en orden cronológico; en realidad, escribir historia implica remontarse a un pasado que ya no existe para, justamente, tratar de reconstruir, a partir de indicios siempre falibles e incompletos, ese tiempo pretérito que nunca podremos recomponer en su inagotable y siempre conmovedora inmensidad...

## Escribir la historia de un Nuevo Mundo

"A las dos oras después de media noche pareció la tierra, de la cual estarían dos leguas. Amainaron todas las velas, y quedaron con el treco que es la vela grande, sin bonetas, y pusieronse a la corda, temporizando hasta el día viernes que llegaron a una isleta de los lucayos, que se llamava en lengua de indios Guanahani."<sup>1</sup>

Con estas marineras palabras el padre fray Bartolomé de Las Casas (gestor de la 'edición príncipe' de los documentos colombianos) parafrasea el registro del diario del primer viaje de Colón para el día 12 de octubre de 1492. Y así quedó establecido: la historia cuenta que ese día, viernes de octubre del año del Señor de 1492, tres naves españolas que habían zarpado el 3 de agosto del puerto de

Palos de Moguer en San Lúcar de Barrameda arribaron a una isla perteneciente al archipiélago de las Antillas a la cual bautizaron con el nombre de San Salvador. Escuetamente hablando, esos son los 'hechos desnudos', las palabras con las cuales los libros nos contaron los sucesos acaecidos en algún lugar de las costas insulares del Caribe americano a finales del siglo XV.

Ciertamente, lo que estaba sucediendo era un hecho inconmensurable e irrepetible de la historia humana puesto que dos 'continentes-mundos' que (hasta donde podemos saber hoy en día a partir de las conjeturas de los geólogos, paleontólogos, antropólogos, arqueólogos e historiadores) habían permanecido humanamente separados durante miles de años por un Océano infranqueable<sup>2</sup> se estaban descubriendo mutuamente por primera vez y mirándose en el espejo sorpresivo de una alteridad desconocida. Lo que encumbra a 1492 como un año capital en la historia es el hecho de que esos dos continentes enormes y milenarios se vieron de repente enfrentados dentro de un primer horizonte 'mundial'.

Hablar, por una parte, de América y, por otra, de Europa, Asia y África en el agitado contexto de los siglos XV y XVI es remitirse a dos universos diametralmente diferentes, significa contrastar la bíblica historia del Viejo Mundo con las desconocidas maravillas del Nuevo: una Europa que ya había sido griega, romana y medieval, que había bebido, con el cristianismo, de las fuentes orientales del judaísmo y cuya imaginación aún estaba llena de ese mundo fantástico y desconocido de quimeras y maravillas descritas por viajeros legendarios como Marco Polo o sir John Mandeville o el mítico San Brandán<sup>3</sup>, se vio, de repente, enfrentada a un continente muchas veces más vasto que el mundo conocido... el espacio interminable de América, lleno de novedades indescriptibles para la mente y la pluma de los recién venidos de ultramar.

Y es en ese instante, instante de sorpresa y desconcierto ante un Nuevo Mundo que se empieza a dibujar, inabarcable, hacia Poniente, en el que la pluma de los primeros cronistas empieza a dibujar sobre el pergamino maravillas no menos deslumbrantes: aparecen las bestias no conocidas pero ya profetizadas en las leyendas medievales de las tierras de ultramar; se vislumbran los gigantes y las amazonas y las razas bestiales que no conocieron la revelación y subsisten brutalmente sumergidas en su animalidad no superada, y, por supuesto, se empieza a sospechar que en las profundidades del horizonte no explorado



<sup>1</sup> COLÓN, Cristóbal. Textos y documentos completos. Relaciones de viajes, cartas y memoriales. Alianza Editorial. Madrid. 1982. II. Diario del primer viaje. p. 29.

<sup>2</sup> En relación a las posibles incursiones vikingas en América antes de la llegada de Colón y al estado de los descubrimientos geográficos a fines de la Edad Media, véase la bellísima obra de: PARIAS, L. - H. Historia universal de las exploraciones. 4 volúmenes. Editorial Espasa-Calpe. Madrid. 1967. Tomo I. De la prehistoria al fin de la Edad Media.

<sup>3</sup> Véase, respectivamente: POLO, Marco. Viajes. Editorial Cumbre. México. 1967. MANDEVILLE, sir John. Los viajes de Sir John Mandeville. Ediciones Cátedra. Madrid. 2001. BENEDEIT. El viaje de San Brandán. Ediciones Siruela. Madrid. 1986.

se esconden, intactas e inmaculadas, las ciudades magníficas de Cipango y de Catay, llenas de oro y de riquezas...

Desde un primer momento, la realidad que se descubre se empieza a matizar con toda la carga cultural del sujeto que mira y trata de aprehender y comprender desde sus propios códigos mentales una realidad física que lo trasciende y le resulta, hasta cierto punto, indescriptible. Simplemente, las cosas no son tan sencillas como parecen y, afortunada o desafortunadamente, contar, narrar, referir o escribir una historia significa más que consignar unos hechos absolutos de una manera unívoca con la pretensión de plasmar una historia cierta que existe objetivamente más allá del protagonista o del narrador que la refiere con sus propias palabras y desde su propio entorno humano.

### La historia como suceso y la historia como relato

Etimológicamente, Historia viene del vocablo griego que significa relato, historia, cuento, narración... desde un principio, el término Historia se concibe semánticamente como un relato que versa sobre algo y, si queremos hacer más extensiva la definición, podríamos definirle como el relato que se ocupa de los hechos del pasado<sup>4</sup>. Sin embargo, desde un principio, se manifiesta la ambigüedad, ya destacada por Cicerón en el siglo I a.C., de que la Historia, por tanto, puede entenderse tanto como *res gestae* ('las cosas realizadas'), y, a su vez, como *historia rerum gestarum* ('relato de las cosas realizadas')<sup>5</sup>; es decir, por una parte, la historia es la suma de los acontecimientos humanos que se suceden y aglutinan en el tiempo más allá de nuestra participación o conocimiento de ellos e, igualmente, es el relato que nosotros mismos construimos, escuchamos o leemos de esos acontecimientos pasados.

En términos teóricos actuales, y enfocando el problema desde la dinámica historiográfica propia de los cronistas de Indias de los siglos XV y XVI, podemos afirmar que:

"Un hecho histórico se interpreta de dos maneras en la literatura de la materia. La interpretación ontológica [1] señala que un hecho histórico es 'un objeto de investigación histórica' que existe objetivamente, es decir, independientemente de la materia de conocimiento, como 'un suceso en sí mismo', como 'lo que realmente fue', etcétera. En este sentido, la historia, que es la materia de la investigación histórica, es

una serie específica de hechos, que un historiador reconstruye 'reflejándolos' en su conciencia. La interpretación epistemológica y metodológica [2] concierne precisamente a ese proceso de reconstrucción del pasado, o sea, se refiere a un hecho histórico como 'una construcción científica' o 'una interpretación de un suceso' por un historiador."<sup>6</sup>

Así, las dificultades empiezan a surgir desde un principio porque resulta claro que, si bien es innegable el hecho de que, efectivamente, 'algo' sucedió en el pasado (puesto que es evidente que no sólo nuestra vida sino también las condiciones históricas, políticas, sociales, económicas y culturales que nos rodean tuvieron una génesis en algún momento anterior al instante presente)<sup>7</sup>, no podemos dilucidar, de manera transparente, unívoca y absoluta cómo fue ese pasado que nos precedió. Más allá de la certeza de que hubo un tiempo anterior, caemos en cuenta de que, si deseamos saber, a ciencia cierta, cuáles fueron los sucesos puntuales o los magnos procesos que constituyeron nuestra realidad tal como la conocemos nos encontramos con el desafío y la dificultad insoslayables de reconstruir nuestro pasado a partir de nuestros propios referentes culturales<sup>8</sup>.

En otras palabras, podemos afirmar que el problema radica en el hecho de que cualquier historia puede ser narrada (o referida o escrita o creada) de infinitas maneras y, además, cada versión implica, necesariamente, al narrador que le da vida. Es imposible acceder a los hechos 'desnudos' y 'absolutamente ciertos' porque, primero, no podemos desligarnos de nuestro propio marco referencial (a nivel humano, histórico, social, político, económico y cultural) al observar una *realidad humana que nos es ajena*

4 "No hay, pues, más que una ciencia de los hombres en el tiempo y esa ciencia tiene necesidad de unir el estudio de los muertos con el de los vivos. ¿Cómo llamarla? Ya he dicho que el antiguo nombre de historia me parece el más completo, el menos exclusivo; el más cargado también de emocionantes recuerdos...". Véase BLOCH, Marc. *Introducción a la Historia*. Fondo de Cultura Económica. Bogotá. 1997. p. 24-25.

5 En torno al nacimiento de la disciplina histórica en el ámbito griego y latino y a la clásica figura de Cicerón y sus presunciones historiográficas, nos remitimos a CARBONELL, Charles-Olivier. *La Historiografía*. Fondo de Cultura Económica. México. 1986. Capítulos II y III, p. 13 - 37; y SÁNCHEZ, Fernando. *Invitación a la historia. La historiografía, de Heródoto a Voltaire, a través de sus textos*. Editorial Labor. Barcelona. 1993. Capítulo I, p. 35 - 64.

6 TOPOLSKY, Jerzy. *Metodología de la Historia*. Editorial Cítedra. Madrid. 1982. X, p. 176.

7 El problema no radica en probar la existencia o no existencia objetiva de dichos sucesos históricos que antecederon (y definieron) el presente puesto que "La consideración del tiempo y el espacio como atributos de la materia implica la aceptación de los hechos históricos como algo que tiene naturaleza material". TOPOLSKY. *Metodología*. X, p. 188.

realidad humana que nos es ajena (sin importar que esta situación hipotética nos sea muy cercana o, por el contrario, esté muy desligada de nuestra realidad) y, segundo, tampoco podemos acceder a la información prescindiendo del filtro del narrador porque, justamente, es él quien da vida a la historia al contarla desde sus palabras, concepciones, imaginarios e ideologías.

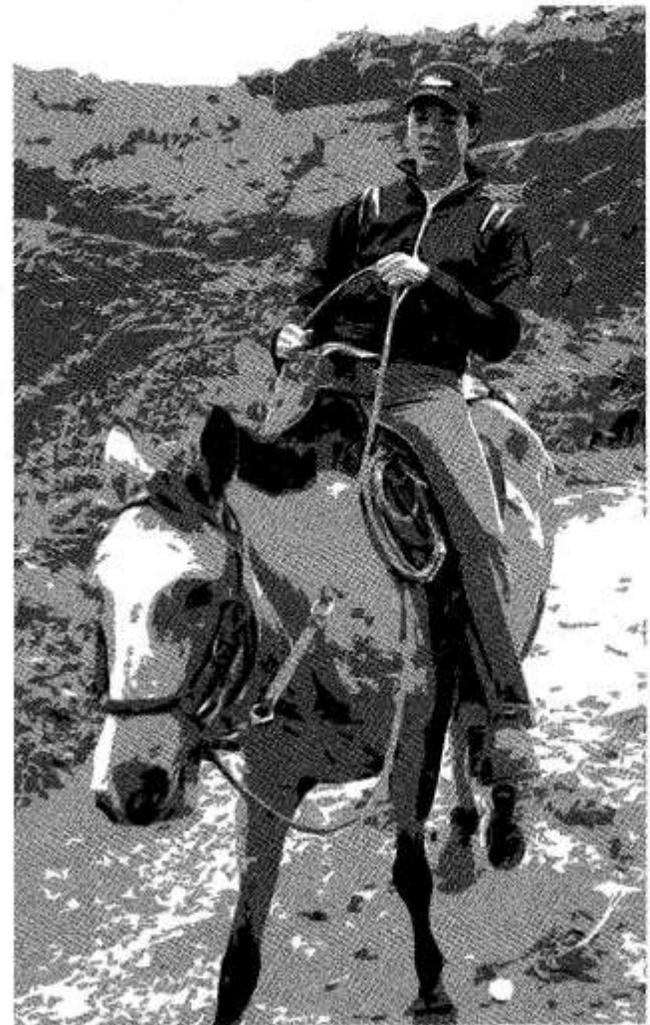
Así las cosas, es necesario reconocer que, sin lugar a dudas, "El sujeto desempeña en el conocimiento histórico un papel activo, y la objetividad de este conocimiento siempre contiene una dosis de subjetividad. De lo contrario, este conocimiento sería ahumano o sobrehumano."<sup>9</sup>; en todo conocimiento, y en el histórico aún más, el sujeto juega un papel protagónico y el contenido mismo de ese conocimiento en cuestión se ve 'marcado' por el investigador. No es posible el conocimiento puro porque siempre cualquier saber (ya sea filosófico o científico o histórico o artístico o particular o global), está influenciado, de manera definitiva, por el sujeto que conoce.

En conclusión, los hechos históricos (y la historia misma) no existen objetivamente sino que son contruidos y caracterizados como tales por los historiadores o narradores o cronistas, son ellos, finalmente, quienes deciden lo que es digno de historiarse y recordarse<sup>10</sup>. No existe, en ningún lugar, un conjunto de sucesos delimitados y establecidos llamados hechos históricos: "La creencia en un núcleo óseo de hechos históricos existentes objetivamente y con independencia de la interpretación del historiador es una falacia absurda, pero difícilísima de desarraigar."<sup>11</sup>.

Por lo tanto, es insuperable el hecho de que toda historia, sea cual sea, cuente lo que cuente, viene mediada por la mentalidad, la escala de valores y por las intenciones, implícitas o explícitas, del narrador que la refiere (y esto, sin tener en cuenta las historias de segunda o tercera mano que llegan hasta nosotros por referencias remotas o por transcripciones o traducciones o por cualquier otro tipo de 'versión interpretativa'). Y es aquí, entonces, donde surge la pregunta crucial acerca de la veracidad de la historia a la que se accede porque las variables a tener en cuenta son simplemente inagotables: ¿qué sucede si el autor que escribe, o el narrador que cuenta, o el hombre que recuerda, no es un testigo presencial? ¿y si no sólo es un testigo de segunda

<sup>8</sup> "Lamentablemente tenemos que utilizar nuestros conceptos europeos para describir realidades socioculturales muy distintas. Y es lamentable esta limitación porque nunca nuestros términos traducen fielmente lo que sólo puede expresarse desde la óptica y con la lengua que son propias del pueblo que estudiamos". JIMÉNEZ, Alfredo. El esplendor de la cultura maya. La leyenda de Ahau. Planeta-Agostini, Barcelona, 1992. 5. p. 64.

<sup>9</sup> SCHAFF, Adam. Historia y Verdad. Editorial Grijalbo, México, 1974. p. 337. En relación a este interesante debate en torno a la objetividad del conocimiento histórico, véase, en especial, la Primera y Tercera Parte de la obra de Schaff: "La llamada objetividad pura es una ficción; el factor subjetivo está introducido en el conocimiento histórico por el mismo hecho de la existencia del sujeto cognoscente. Como contrapartida, hay dos subjetividades: la 'buena', o sea la que procede de la esencia del conocimiento como relación subjetivo-objetiva y del papel activo del sujeto en el proceso cognoscitivo; la 'mala', o sea la subjetividad que deforma el conocimiento debido a factores tales como el interés, la parcialidad, etc. La 'objetividad' es la diferencia entre la buena y la mala subjetividad, y no la eliminación total de la subjetividad". p. 338.



mano sino que también es un mentiroso? ¿y si es un sabio? ¿y si es un místico o un erudito o un historiador profesional o un idólatra o un ignorante o un fanático científico o un demente trastornado? ¿y si, como en el caso de Aguado, es un fraile franciscano español del siglo XVI hablando de espacios monstruosos e indios canibales? ¿qué sucede entonces con la historia que se pretende contar?

En palabras de Roland Barthes<sup>12</sup>, por lo menos existen dos niveles en lo que él denomina la 'significación del discurso histórico': por una parte, todo historiador está abocado a realizar, en un primer momento, una valoración de temáticas desde la cual elimina o resalta tópicos a explorar<sup>13</sup>, así, desde un nivel prácticamente introductorio, el historiador está ya involucrando una valoración subjetiva sobre los diversos elementos que constituyen el relato de la historia que lo ocupa al desechar o privilegiar determinados aspectos puntuales. En un segundo nivel, toda historia (y por ende toda obra de carácter histórico), está atravesada tácitamente por la escala de valores del autor que la crea e, independientemente de que la intención del historiador sea explícita o implícita, refleja, a priori, un sesgo cultural que no sólo modifica sino también define los contenidos referidos<sup>14</sup>.

Las implicaciones teóricas de estos sesgos insuperables son definitivas, en las concisas palabras de Barthes:

"As can we see, simply from looking at its structure and without having to invoke the substance of its content, historical discourse is in its essence a form of ideological elaboration, or to put it more precisely, an imaginary elaboration [...] The fact can only have a linguistic existence, as a term in a discourse, and yet it is exactly as if this existence were merely the 'copy', purely and simply, of another existence situated in the extra-structural domain of the 'real'."<sup>15</sup>

"Como podemos ver, simplemente desde observar esta estructura y sin tener que invocar la sustancia de este contenido, el discurso histórico es en esencia una forma de elaboración ideológica, o más precisamente, una elaboración imaginaria [...] El 'hecho' puede tener solamente una existencia lingüística, como un término en un discurso, y ya esto es exactamente como si esta existencia fuera simplemente la 'copia', pura y simple, de otra existencia situada en el dominio extra-estructural de lo 'real'."

Por su parte, José Rabasa (quien se halla vinculado a lo que podríamos denominar la 'vanguardia historiográfica' de las corrientes surgidas, principalmente, en la última mitad del siglo XX<sup>16</sup>), propone que la historia no sólo puede concebirse como un discurso eminentemente retórico construido a partir de la realidad sino que, a su vez, sugiere que documentos tan disímiles como los textos y crónicas escritos, los documentos cartográficos y pictóricos y otros productos culturales, pueden ser vistos como 'artificios retóricos' que 'crean sentido' y no, como podrían alegar algunos 'ortodoxos tradicionales', como 'objetos depositarios de datos objetivos y ciertos'<sup>17</sup>. De esta manera (y trabajando desde un emplazamiento multidisciplinar que opera desde la antropología, la literatura, la historia y la cartografía), Rabasa sugiere que la retórica empleada, 'al interior de esos textos dadores de significado', no sólo constituye un 'arte de persuasión' sino, también, un elemento estratégico de apropiación desde el cual, a partir de una subjetividad que se entroniza (en este caso la percepción cultural europea), se produce, retomando a Barthes, 'un efecto de realidad' que pretende constituirse como absoluto y verdadero.

Así, salta a la vista que la 'historia' es mucho más que un mero relato o cuento que da razón cierta de sucesos pasados y verdaderos, más allá de lo que realmente aconteció en un tiempo pretérito al cual sólo podemos acceder indirectamente desde los pocos vestigios que sobreviven, el discurso histórico se nos presenta, justamente, como un discurso retórico y 'supra-real' en el cual los hechos (y las significaciones aparejadas a esos sucesos) se 'crean' desde el lenguaje y desde las valoraciones del sujeto que escribe. Los 'hechos', desnudos y objetivos, no existen sino solamente en la medida en que son rescatados y construidos

<sup>10</sup> Parafraseando uno de los ejemplos sugeridos por Carr en su texto (véase nota al pie siguiente) es interesante observar cómo el paso de Julio César del río Rubicón en el año 49 a.C. se considera un hecho histórico capital de la historia romana y, en contraste, el paso de tantos y tantos otros ni siquiera se recuerda, jno se trata acaso, en uno y otro caso, del mismo suceso de un hombre que cruza un río? Evidentemente, el criterio técnico que hace del primer caso un hecho histórico se sustenta en la profunda trascendencia histórica que tuvo la decisión de César; así, lo que determina qué es y qué no es un hecho histórico no es el suceso puntual en sí sino sus posteriores implicaciones dentro del entramado histórico.

<sup>11</sup> CARR, Edward. ¿Qué es la Historia?. Editorial Planeta. Barcelona. 1984, p. 16.

<sup>12</sup> BARTHES, Roland. "The discourse of History", en JENKINS, Keith [ed]. The Postmodern History Reader. Routledge. London. New York. 1997.

<sup>13</sup> Así, por ejemplo, un autor como Tucídides, en el siglo IV a.C., ignora lo que (en términos un poco anacrónicos para el ejemplo) podríamos denominar el interés por las mentalidades mientras que, por el contrario, privilegia aspectos como la historia militar o la figura del héroe; a su vez, un historiador del siglo XX como Philippe Ariés en su obra ya clásica de El hombre ante la muerte, se desliga de lo que podríamos llamar una 'historia político-militar' para concentrarse en la evolución histórica de una noción o de una idea. Véase, respectivamente: TUCÍDIDES. Historia de la guerra del Peloponeso. Alianza Editorial. Madrid. 1989. ARIÉS, Philippe. El hombre ante la muerte. Editorial Taurus. Madrid. 1984.

14 Más allá de las ventajas o desventajas que tal situación implique, podemos afirmar sin lugar a dudas que las Cartas de Relación de Hernán Cortés serán, para siempre, la obra de un militar español del siglo XVI y los Diarios de viaje de Colón estarán constituidos, para siempre, por las palabras de un navegante italiano renacentista nacido a mediados del siglo XV.

15 BARTHES. The discourse. p. 121.

16 Corrientes tan representativas como, por ejemplo, el giro lingüístico, los estudios subalternos y los estudios poscoloniales en las que, por lo demás, se enfilan las obras de autores tan relevantes como Edward Said, Hayden White, Michel de Certeau y el mismo Roland Barthes, entre muchos otros.

17 Véase RABAÑA, José. *Inventing America. Spanish historiography and the Formation of Eurocentrism*. University of Oklahoma Press, London, 1993, pp. 3 – 23.

18 "El historiador, pues, es un ser humano individual. Lo mismo que los demás individuos, producto a la vez que portador consciente o inconsciente de la sociedad a que pertenece; en concepto de tal, se enfrenta con los hechos del pasado histórico. Hablamos a veces del curso histórico diciendo que es un desfile en marcha. La metáfora no es mala, siempre y cuando el historiador no caiga en la tentación de imaginarse águila espectadora desde una cumbre solitaria, o personaje importante en la tribuna presidencial. ¡Nada de eso! El historiador no es sino un oscuro personaje más, que marcha en otro punto del desfile." CARR. *¿Qué es la Historia?* p. 47.

son rescatados y contruidos desde el lenguaje del discurso histórico.

### Entre la realidad y la fantasía: un Nuevo Mundo imaginado

Todo historiador es un hijo de su tiempo y puede, o bien distorsionar la historia que cuenta al deformarla con todos los prejuicios de su cultura y de su situación moral, o bien enriquecerla con la perspectiva de su momento<sup>18</sup>.

Esta reflexión atañe profundamente a aquellos tempranos cronistas europeos de los siglos XV y XVI que fueron los primeros en empezar a escribir a América desde sus propios códigos culturales. En muchos casos, de las culturas aborígenes que antecedieron en miles de años a los españoles sobre estos territorios americanos tan sólo sobreviven las crónicas de conquista que sobre los 'bárbaros' descubiertos narraron los triunfantes conquistadores. Ahora bien, los primeros narradores, cronistas, relatores, informadores y escribanos de Indias no contaron la 'historia' desde un punto de vista sobrehumano sino, por el contrario, desde su propia humanidad y desde su muy definido 'lugar de enunciación' (locus enunciandi). De esta manera, más que hablar de una 'escritura' fiel del ámbito americano debemos referirnos a una 'creación' surgida desde la narrativa misma de los relatos y desde los intereses contenidos en las crónicas, atlas, informes, relaciones y demás 'documentos – monumentos' que construyeron una imagen del Nuevo Mundo que terminó por imponerse como realidad cierta y no como representación<sup>19</sup>.

Así las cosas, bien podemos dilucidar muy claramente y referirnos a un tópico muy conciso que podría definirse como 'la invención del orbe americano durante el proceso de 'descubrimiento', conquista y colonia en los siglos XV y XVI'.

Ciertamente, el problema radica más en entender cómo se creó un Nuevo Mundo desde un imaginario cultural claramente rastreable que en repetir, automatizar y asumir como verdaderas las concepciones 'históricas' contenidas en las crónicas de los siglos XV y XVI:

"As a study of the invention of America in the sixteenth century, this book shows how a thesaurus of New World motifs (e. g., exotic fauna and flora, cannibalism, the noble savage, the legendary kingdom of Tenochtitlan, and millenarian interpretations of an until the unheard-of humanity) was constituted in personal letters, official accounts, encyclopedic histories, and world atlases. My emphasis on the production of America as something 'new' – that is, semiotically created – challenges the view of the New World as a natural entity, discovered, revealed, or imperfectly understood. Consequently, I am less interested in issues regarding a distortion or misrepresentation of the New World than I how a new region of the world was invented, and how fiction (literary or otherwise) and history constitute complementary forms of understanding the 'West' and 'the Americas'"<sup>20</sup>.

"Como un estudio de la invención de América en el siglo XVI, este libro muestra cómo un thesaurus de motivos del Nuevo Mundo (por ejemplo, fauna y flora exóticas, canibalismo, el 'noble salvaje', el legendario reino de Tenochtitlan, y milenarias interpretaciones de una hasta entonces desconocida humanidad) fue constituido en cartas personales, informes oficiales, historias enciclopédicas y atlas mundiales. Mi énfasis en la producción de América como algo 'nuevo' – esto es, semióticamente creado – reta la visión de un Nuevo Mundo como una entidad natural, descubierta, revelada, o imperfectamente entendida. Consecuentemente, yo estoy menos interesado en recapitular los usos de una distorsión o de una representación engañosa del nuevo Mundo que en cómo una nueva región del mundo fue inventada, y cómo ficción (literaria o de otro tipo) e historia constituyen formas complementarias de entender el 'oeste' y 'las Américas'".

De esta manera, no se trata solamente de escudriñar eruditamente las crónicas que sobreviven para 'leer' la

descripción verdadera del entorno americano y descubrir allí, en la letra, cómo eran realmente el espacio y las gentes del Nuevo Mundo. Por el contrario, el historiador que se remita al cuerpo de literatura de la historiografía indiana como fuente documental debe tener en cuenta que, más que el reflejo fiel y directo de la realidad americana, las crónicas constituyen versiones plausibles del Nuevo Mundo. Las obras pertenecientes a la Escritura de Indias de los siglos XV y XVI constituyen más una representación que un reflejo y el historiador, consecuentemente, debe esforzarse a cabalidad por comprender el complejo proceso cultural mediante el cual esas representaciones llegaron a constituirse, con el transcurso del tiempo colonial, como realidades.

En la misma línea de ideas, podemos hacer referencia ahora a las contundentes tesis de Edmundo O'Gorman, en su texto ya clásico dentro de la historiografía del descubrimiento y de la conquista, sobre el surgimiento de la imagen del 'Nuevo Mundo' en los siglos XV y XVI, al resaltar:

"... la necesidad de considerar la historia dentro de una perspectiva ontológica, es decir, como un proceso productor de entidades históricas y no ya, según es habitual, como un proceso que da por supuesto, como algo previo, al ser de dichas entidades. Estas reflexiones me sirvieron para comprender que el concepto fundamental de esta manera de entender la historia era el de 'invención', porque el de 'creación', que supone producir algo ex nihilo, sólo tiene sentido dentro del ámbito de la fe religiosa. Así fue como llegué a sospechar que la clave para resolver el problema de la aparición histórica de América estaba en considerar ese suceso como el resultado de una invención del pensamiento occidental y no ya como el de un descubrimiento meramente físico, realizado, además, por casualidad."<sup>21</sup>

De esta manera, lo que empieza a vislumbrarse en el horizonte no es ya un mero problema de interpretación o de análisis crítico de fuentes sino, por el contrario, todo un andamiaje ideológico europeo, tácito, subjetivo, sesgado, omnipresente, y omnipotente, que logró (y terminó) por 'construir' e 'inventar' todo el 'Nuevo Mundo' según los parámetros valorativos de los 'narradores-conquistadores'.

En términos coloquiales, podríamos decir que (1) 'todo' se lo inventaron los europeos que escribieron al 'Nuevo Mundo'

desde el lenguaje y desde los signos significantes que le impusieron a la desnudez de una América milenaria y poblada por millones de seres humanos con culturas avanzadas que, sorprendida por lo estrepitoso de la conquista, se vio sometida, sin darse cuenta apenas, a una invasión que no sólo se realizaba con los desconocidos caballos y arcabuces sino también con los lenguajes, las crónicas y las literaturas que empezaban a decidir; desde las palabras, los significados y las tradiciones, qué era cada cosa, cada animal, cada planta y cada hombre. En términos un poco más académicos (2) podemos acudir a los argumentos de Guy Rozat, al decir:

"Estas representaciones producto de la actividad legitimadora occidental tomaron forma en la práctica historiana, lugar privilegiado y espejo mágico en el cual la mirada occidental se complace en inventar a los demás. Esta verdad histórica de los demás no puede escapar al control absoluto de la lógica de sus orígenes, y aunque pretende basar su *verdad en fuentes primarias*,



<sup>19</sup> En torno a la noción de 'documento-monumento', véase: LE GOFF, Jacques. El orden de la memoria: el tiempo como imaginario. Editorial Paidós. Buenos Aires. 1992. Capítulo III, pp. 227 - 275.

<sup>20</sup> RABASA, Inventing America. p. 6.

<sup>21</sup> O'GORMAN, Edmundo. La invención de América. Fondo de Cultura Económica. México. 1986. p. 9.

verdad en fuentes primarias, testimonios verídicos, la lógica que los organiza, por más racional que sea, será siempre una producción imaginaria occidental.<sup>22</sup>

Así, como historiadores, no podemos cerrar los ojos ante el hecho innegable de que la historiografía indiana, más que una serie de obras verdaderas e irrefutables, es también, en sí misma, un producto histórico surgido, ideado y definido por las condiciones socio-culturales propias de su momento y lugar.

Por lo demás, debe evitarse un tono peyorativo o desdeñoso que no conduce a ninguna parte porque es absolutamente explicable el hecho de que, ante una situación desconocida, el narrador intempestivo echara mano de todos los elementos presentes al interior de su acervo cultural:

"Era lógico suponer que las imágenes alucinantes que aportó el mundo americano desbordarían en muchos planos los moldes envejecidos que habían diseñado los cronistas medievales. Súbitamente, fue necesario dar cuenta de una vasta entidad desconocida, que era a un mismo tiempo, para los improvisados cronistas, realidad palpable y fantasía. En muchos casos, las noticias transmitidas en aquellas relaciones exigirían al narrador recursos expresivos que sólo habían conocido en la prosa novelada. Al nutrirse de fuentes tan disímiles, la historiografía americana configuró en pocos años, ante el mundo renacentista, una nueva escritura, que informaba con rigor ejemplar, pero en la que se consagraba también una aprehensión creativa y espectacular de lo narrado. Casi de golpe, fueron rescatados de la penumbra medieval viejos mitos y leyendas que con los años recubrirían, de un extremo al otro, el mundo americano. De ese

modo, pues, muchas noticias se transmutaban en creaciones imaginarias bajo el influjo de leyendas antiquísimas.<sup>23</sup>

Esta creación discursiva de la alteridad (cosmológica y antropológica) es tan drástica y dramática que, en muchos casos, resulta prácticamente imposible referirse a ciertas realidades sin emplear la denominación europea que, se sobrentiende, implica ya un dejo segregacionista radical: por ejemplo, al hablar de los individuos importados de África a América para suplir las falencias de la mano de obra indígena, tarde o temprano debe emplearse la denominación de 'esclavo' y es inevitable que el simple término comunique ya (como de hecho lo hace) una valoración humana, racial y cultural prepotentemente europea que no duda ni se incomoda en denigrar a 'los otros' para entronizarse como única posibilidad absoluta y cierta<sup>24</sup>.

Es claro entonces que el discurso de las crónicas y demás relatos del descubrimiento y de la conquista no se construye desde una perspectiva sistemática, objetiva y científica en la que la realidad americana se halla fielmente reflejada, por el contrario, lo que sucede es que la retórica con la que se escriben los relatos europeos y desde la que se describen las nuevas realidades no conocidas está cargada no sólo de imaginarios clásicos (heredados del ámbito grecolatino y medieval) y de referentes propios al entorno cultural europeo sino también está imbuida en un complejo sistema de creencias religiosas y morales, intereses políticos y económicos y preconcepciones raciales e históricas.

Ahora, si tratamos de reconstruir o imaginar lo que pudo ser el ideario del conquistador europeo en el momento inicial de la conquista de América bien podemos referenciar un muy interesante planteamiento de Anthony Pagden que se ocupa de explorar la 'creación imaginada' del 'otro' americano - indio, siervo, esclavo -:

"... los viajeros del siglo XVI fueron a América con ideas precisas de lo que podrían encontrar allí. Fueron buscando hombres salvajes y gigantes, Amazonas y pigmeos. Fueron en busca de la Fuente de la Eterna Juventud, de ciudades pavimentadas en oro, de mujeres cuyos cuerpos, como los de los hiperbóreos, nunca envejecían, de canibales y hombres que vivían más de cien años."<sup>25</sup>

Así, en cierta forma, las preconcepciones ideológicas de los vencedores terminaron por presuponer que un mundo desconocido que se abría de manera casi inabarcable debía,

22 ROZAT, Guy. *Incios imaginarios e indios reales*. Editorial Tava. México. 1993. p.1.

23 PUPO-WALKER, Enrique. *La vocación literaria del pensamiento histórico en América*. Editorial Gredos. Madrid. 1982. p. 33.

24 Véase BITTERLI, Urs. *Los 'salvajes' y los 'civilizados'*. Fondo de Cultura Económica. México. 1982. Introducción. Capítulos I y II. pp. 12 - 210.

25 PAGDEN, Anthony. *La caída del hombre natural*. Alianza Editorial. Madrid. 1988. I. pp. 29 - 30.

'casualmente', albergar todos los engendros, anhelos y proyecciones que habitaban en la imaginación de unos europeos aún imbuidos en la mentalidad medieval. El mismo Pagden menciona una anécdota según la cual Gonzalo Fernández de Oviedo, a pesar de ser un autor avezado en describir plantas o animales insólitos, en cierto momento lamentaba no tener a mano a un Da Vinci o a un Mantegna que pudiera pintar las plantas que él veía porque sentía que sólo podía recurrir a 'palabras europeas' para describir cosas extraordinarias que escapan a su capacidad descriptiva<sup>26</sup>.

Por lo tanto, y recordando las poéticas palabras citadas en el epígrafe del buen Morley del siglo XII, tendremos que aceptar que la 'rosa prístina' de América escapa absolutamente a nuestro conocimiento directo e inmediato y tenemos que conformarnos con la versión mediada que nos ofrecen (¿o nos imponen?) los cronistas europeos que se ocuparon de 'contar la verdad' acerca de lo que veían. Simplemente, no podemos saber de manera cierta y absoluta cómo era América en el momento del arribo conquistador porque de algunas realidades sólo nos quedan las palabras de los españoles.

Para el caso puntual de los territorios de lo que llegaría a ser el Nuevo Reino de Granada, los altiplanos andinos que los muiscas ocuparon durante siglos, surgen muchas preguntas tan fascinantes como irresolubles sobre sus pobladores y sus tradiciones: ¿cómo eran las fiestas muiscas que celebraban los indios en las sabanas de Bogotá para celebrar la entronización de un nuevo cacique? ¿de qué hablaban y qué música tenían las canciones que cantaban? ¿qué tanto sabían acerca de su pasado? ¿qué mitos alentaban y sustentaban sus creencias religiosas? ¿de qué modo cotidiano y familiar transcurrieron sus vidas durante siglos y siglos?. Todo se perdió porque no quedó nadie que guardara las historias en su memoria o que fuera capaz de escribirlas porque, hasta donde sabemos, los muiscas, como pueblo, nunca descubrieron la forma de eternizar sus recuerdos y vivencias a través de la escritura. Los rastros arqueológicos tan sólo pueden darnos unas pistas muy difusas, primero, porque dichos rastros, hasta donde se ha investigado, son escasos, y, segundo, porque en caso de existir y de ser descubiertos, es muy poco probable que representen gráficamente las respuestas a interrogantes como los señalados. Así, si queremos responder a preguntas tan inmediatas y puntuales como las anteriores, posiblemente las fuentes más convenientes (quizá las únicas) sean las primeras crónicas españolas que en estas tierras se escribieron, es

decir, las obras de fray Pedro Aguado o de fray Pedro Simón o de Juan de Castellanos que, en caso de hablamos de dichas manifestaciones, lo harán desde su drástica y evidente perspectiva de religiosos europeos sumergidos aún en la mentalidad medieval e imbuidos en su propio entorno de sagradas escrituras y de visiones de paganos, herejes, infieles y demás satanizaciones del momento.

Finalmente, no se trata de caer en una perspectiva negacionista y obtusa que simplemente 'condene' y censure todo el discurso europeo y decida 'arrojarlo a las llamas' por considerarlo sesgado, eurocentrista, racista y demás adjetivos denigrantes que vengan al caso sino de, por el contrario, tener la suficiente amplitud de miras y capacidad crítica como para saber mediar, apreciar y evaluar la exquisitez y el valor histórico, literario, antropológico y demás que poseen relatos como los de Colón, Cortés, Álvar Núñez, fray Pedro Aguado, Pedro Mártir, Bernal Díaz del Castillo, Lucas Fernández, Juan de Castellanos o Alonso de Ercilla (por sólo mencionar unos pocos de la feliz multitud de crónicas que sobreviven).

Más que censurar o descartar, es preciso realizar un concienzudo trabajo de mediación y valoración bilateral (pasado-presente) que nos permita desentrañar los parámetros de construcción de las obras dentro de su contexto histórico y cultural sin extrapolarlas absurdamente a épocas extrañas pretendiendo que dichos trabajos deben responder a los interrogantes historiográficos de tradiciones culturales que les son extrañas. En cierta forma, también nosotros, como historiadores y como lectores 'modernos', tenemos la obligación de respetar e integrar las obras que nos ha legado el tiempo tanto a su contexto

26 PAGDEN. La caída del hombre natural. I, p. 32.

27 BORJA, Jaime. Los indios medievales de Fray Pedro de Aguado. Centro Editorial Javeriano. Bogotá. 2002. Introducción. pp. 5 - 6.

el tiempo tanto a su contexto propio como a nuestro horizonte actual de expectativas:

"Nos hemos inventado la historia de la conquista por medio de las crónicas. Es una afirmación deliberadamente ambigua, porque la palabra invención tiene diversos significados: puede hacer referencia a 'engaño' o 'ficción', o leerse desde el significado de 'inventar', es decir, hallar, descubrir y hasta imaginar. No se trata de un juego de palabras, sino de un resultado de la lectura de las crónicas, desde las operaciones de la conciencia y la historiografía moderna, la cual codificó los textos de Indias a partir del horizonte de expectativas que le era propio a cada uno de los lectores. Los razonamientos aparentemente correctos, que los actuales historiadores han elaborado de las crónicas, se han guiado por los paradigmas y conceptos modernos, como la objetividad de la fuente o la verdad del hecho. Sin tener en cuenta la gran distancia conceptual que separa el acto de escribir historia entre el siglo XVI y el siglo XXI, han ignorado que la historia ha reactualizado sus reglas, especialmente en los dos últimos siglos. Aquí es donde se hace efectivo uno de los sentidos ambiguos del acto de inventar: se ha hecho una lectura imaginaria de la historia de la conquista, porque se han leído las narraciones de las crónicas desde el paradigma positivista de la verdad, cuando su sentido es diferente."<sup>27</sup>

Así, el gran paso que debe dar el lector actual es el de saber apreciar y valorar, en su justa medida y desde su propio lugar de origen y de enunciación, las crónicas del 'descubrimiento' y la conquista del 'Nuevo Mundo' durante los siglos XV y XVI sin desvirtuarlas al juzgarlas

impunemente a partir de criterios actuales que simplemente eran inexistentes en el momento en que fueron escritas.

Finalmente, recorrer la centenaria escritura de Indias significa viajar tras los pasos de los frailes, los capitanes y las huestes observando el mundo desde la perspectiva de un conquistador español del siglo XVI. Las historias de los cronistas nos llevan por los intrincados y desconocidos caminos del Nuevo Mundo americano, por los ríos y las costas, en las selvas y espesuras, a través de páramos sin fin y de tierras de riqueza, de oro y esmeraldas... los espacios fantásticos de los monstruos y las maravillas...

Sólo nos quedan los rastros desperdigados de un pasado remoto, en las palabras que nos cuentan las historias perduran, incompletas, las cosas que fueron un día... los triunfos de los vencedores y las miserias de los vencidos, los horrores de una historia terrible que se hunde en el olvido y en la desolación... del Nuevo Mundo americano del siglo XVI, de la maravilla inagotable y trágica de un Orbe Novo allende los mares, sólo tendremos las historias que se escribieron desde la proa de las carabelas... *Cirafía*



## Bibliografía sumaria

- BARBA, Francisco. *Historiografía Indiana*. Editorial Gredos. Madrid. 1992.
- BARTHES, Roland. "The discourse of History", en JENKINS, Keith [ed]. *The Postmodern History Reader*. Routledge. London. New York. 1997.
- BITTERLI, Urs. *Los 'salvajes' y los 'civilizados'*. Fondo de Cultura Económica. México. 1982.
- BLOCH, Marc. *Introducción a la Historia*. Fondo de Cultura Económica. Bogotá. 1997.
- BOLAÑOS, Álvaro. *Barbarie y canibalismo en la retórica colonial*. CEREC. Bogotá. 1994.
- BORJA, Jaime. *Los indios medievales de Fray Pedro de Aguado*. Centro Editorial Javeriano. Bogotá. 2002.
- CARBONELL, Charles-Olivier. *La Historiografía*. Fondo de Cultura Económica. México. 1986.
- CARR, Edward. *¿Qué es la Historia?*. Editorial Planeta. Barcelona. 1984.
- LE GOFF, Jacques. *El orden de la memoria: el tiempo como imaginario*. Editorial Paidós. Buenos Aires. 1992.
- OGORMAN, Edmundo. *La invención de América*. Fondo de Cultura Económica. México. 1986.
- PAGDEN, Anthony. *La caída del hombre natural*. Alianza Editorial. Madrid. 1988.
- PUPO-WALKER, Enrique. *La vocación literaria del pensamiento histórico en América*. Editorial Gredos. Madrid. 1982.
- RABASA, José. *Inventing America. Spanish historiography and the Formation of Eurocentrism*. University of Oklahoma Press. London. 1993.
- RESTREPO, Luis Fernando. *Un Nuevo Reino Imaginado. Las Elegías de Varones Ilustres de Indias de Juan de Castellanos*. Instituto Colombiano de Cultura Hispánica. Bogotá. 1999.
- ROZAT, Guy. *Indios imaginarios e indios reales*. Editorial Tava. México. 1993.
- SCHAFF, Adam. *Historia y Verdad*. Editorial Grijalbo. México. 1974.
- TOPOLSKY, Jerzy. *Metodología de la Historia*. Editorial Cátedra. Madrid. 1982.

